

# de sol a sol

El campo español siempre lo han labrado también manos femeninas. Y, sin embargo, las mujeres rurales son invisibles en nuestro país. Más incluso ahora que la agricultura atraviesa la peor crisis de su historia. Pero ellas no están dispuestas a tirar la toalla. Luchan por vivir de la tierra. Muchas ya lo han logrado reinventando sus explotaciones.

por AMPARO MESTRE + fotos JUAN MILLÁS



**Marcela Otamendi contempla** con tristeza la obra que el temporal y la lluvia de días anteriores ha dejado sobre sus campos de arroz. Una vez más, el mar con su fuerza ha engullido una pequeña parte de los arrozales. Ya no es agua dulce del río lo que anega los campos, sino salada, ya no son aves migratorias las que campan, sino gaviotas marinas. El equilibrio entre río y mar se ha roto. El delta está herido de muerte, dicen sus moradores. «¿Cómo puede equivocarme tanto escogiendo esta profesión? Creo que estoy haciendo las cosas bien y resulta que no», lamenta.

Marcela posee 40 hectáreas de monocultivo de arroz en el margen izquierdo del delta del Ebro, Tarragona. Dos se las arañó ya el mar. Soltera, sin hijos, ella sola trabaja la tierra en un sector donde el cultivo de arroz está muy mecanizado y, por tanto, es cosa de hombres. En la zona del Delta, las mujeres son las propietarias de las tierras, pero son los maridos quienes van a las juntas de las cooperativas. El campo sigue siendo masculino y las féminas rurales doblemente invisibles: por ser mujeres y por trabajar en la tierra.

En España representan unos cinco millones, un 15% de su población femenina vive en el medio rural. Pero sólo un 29% de las explotaciones agrícola-ganaderas tiene una mujer al frente. La presencia de féminas titulares es mayor en las comunidades de la cornisa cantábrica y Galicia, donde el 71% de dichas explotaciones se encuentra en zonas desfavorecidas o de montaña. En nuestro país, la mayoría de las explotaciones agrarias son de pequeña dimensión. De las más de 500.000 →



En estas páginas, **Merce Pascual**, una de las pioneras de la agricultura ecológica en Cataluña, en el enorme invernadero donde cultiva más de 50 variedades de hortalizas y verduras.

mujeres titulares, el 60% ostenta explotaciones llamadas a desaparecer, porque no tienen entidad para ser consideradas como apoyo significativo a la renta familiar.

Otro paradigma económico-agrario lo representa la zona de Andalucía, Extremadura y Canarias donde la mayor parte de las mujeres campesinas trabaja no como titular de explotaciones, sino como asalariada en la industria agroalimentaria e invernaderos, con empleos eventuales. Y es que, también en el campo, las mujeres han sido tradicionalmente excluidas en las políticas sociales que les afectaban directamente. Su presencia en la representación y toma de decisiones es aún muy escasa. Sin embargo, las mujeres han estado ligadas a la agricultura desde el neolítico, mientras que el hombre era el cazador. Desde siempre han atesorado conocimientos ancestrales. Conocen la potencialidad de los bosques, los ciclos ecológicos, saben dónde encontrar el agua, buscan la conservación de la naturaleza y producir alimentos a través de la íntima unión entre árboles, animales y cultivos. Una inteligencia de la que han sido desposeídas por una visión industrializada, patriarcal y homogénea.

A la semana de la muerte de su padre, Marcela ya estaba encima del tractor. Había descubierto el vínculo espiritual que une la tierra con la vida. «Pensé por qué no puedo encargarme de la finca.

Aprendí que la tierra no sólo es un oficio, sino una forma de vida. Hay una conexión con los valores que mi padre me transmitió, el lazo con la tierra al notar su calor. Siento que pertenezco a ella, no que ella me pertenece a mí. Yo hago aquí un ejercicio de sostenibilidad todos los días, para que los que vengan después lo puedan recibir de la misma manera que yo lo he recibido, aunque lo tendrán más difícil porque el delta puede dejar de existir.» La desaparición del campo, y con ello de los recursos medioambientales, es un peligro. Los campesinos son los verdaderos garantes del sistema. Cristina López, gerente del programa Leader de desarrollo rural de la Unión Europea, habla desde Murcia, donde todavía sobreviven antiguas norias de agua en un paisaje sumamente frondoso. «Cuando la actual generación que sigue cultivando la vega desaparezca, que así será, tendremos encima el desierto y la única alternativa será la urbanística.»

Hace unas horas que la lluvia ha cesado. Ese agua vertida por el temporal, que arañó los arrozales, es ahora ese líquido anhelado que adoba la tierra y que evitará el riego por algunas semanas. Los primeros rayos de sol matizan los colores de una pradera de exuberantes coles y poderosas lechugas que a la vista aparecen como auténticos regalos de la madre tierra. Aquí trabaja Mari Sol Martí, otra agricultora del Delta, junto a su marido, en una pequeña plantación de dos hectáreas de hortalizas cultivadas artesanalmente. «Trabajamos de sol a sol, incluidos los domingos y las fiestas», dice esta agricultora, y así lo hacen la mayoría de las

mujeres que trabajan el campo, porque después deben atender la casa, familiares, hijos y padres ancianos. «En verano, de 7.30 de la mañana hasta que se pone el sol, en invierno un poco más tarde. Hemos llegado a trabajar incluso el día de Navidad, hasta las tantas. Las hortalizas tienen que estar preparadas. Aunque es duro, faenar en el campo disipa mis preocupaciones. Lo que más me relaja es quitar las malas hierbas», explica Mari Sol, que si bien está a punto de jubilarse, asegura que nunca se retirará del todo. Una cosa siempre tuvo clara, argumenta mientras recolecta una mata de acelgas: que su única hija prefiriera los estudios al trabajo de la tierra. Y lo ha conseguido: es juez. Una actitud frecuente en el campo español que corresponde a lo que Carmen Quintanilla, diputada nacional y presidenta de Asociación de Familias y Mujeres del Medio Rural (AFAMMER), ha denominado la *huida ilustrada*: «Mujeres más formadas que sus madres y abuelas están abandonando los pueblos porque no pueden acceder a un puesto de trabajo y tienen menos servicios y recursos». Es esa falta de relevo generacional la causa de la despoblación, envejecimiento y masculinización del mundo rural. Sólo el 9% de las titularidades femeninas tiene menos de 40 años.

**SEMBRAR. UNA PALABRA DE NOTORIA Y SOLEMNE DIGNIDAD. CON LA SIEMBRA SE INICIA EL CICLO AGRÍCOLA.** De ella

ha dependido el éxito de las cosechas y la subsistencia en todos los pueblos agrarios. Desde la provincia de Burgos, en Castilla-León, Elena Palacios ya ha arado la tierra, ha sembrado el cereal y ha recogido las remolachas y las últimas patatas. Se ha adentrado en un invierno duro donde la naturaleza, en su parada biológica, parece dormir en paz. Elena, 60 años, ha trabajado toda la vida en el campo, pero nunca ha cotizado. «En su día no lo pedí, ahora ya es tarde. Todas las propiedades están a nombre de mi marido. Yo no tengo derecho a nada.» Como ella, un 59% de mujeres rurales no cotiza a la Seguridad Social, pues muchas explotaciones no pueden asumir las dos cotizaciones íntegras de los cónyuges. Ellas no son titulares de las tierras. Su trabajo se considera como ayuda familiar sin ningún reflejo en las estadísticas ni en el PIB, pero su papel es esencial para el mantenimiento de la explotación.

Por eso, una vieja reivindicación de las asociaciones agrarias de mujeres es conseguir la cotillaridad compartida de las tierras, para que las mujeres puedan beneficiarse también de las ayudas directas de la PAC (Política Agrícola Común de la UE), que ahora únicamente recibe el marido, el titular.

Hay un tema, sin embargo, en el que tanto mujeres como hombres luchan juntos: los precios. Los agricultores y ganaderos han perdido el 26% de su renta con explotaciones poco rentables, costes de producción que han subido un 35% y los mismos pre- →



Rosa Mari Esteller contempla las aceitunas de su olivar, en el interior de Castellón.



“Trabajamos de sol a sol, incluidos los domingos y las fiestas. Pero aunque es duro, faenar en el campo **disipa mis preocupaciones.**”

Mari Sol Martí recoge las hortalizas de su finca.



“La tierra no sólo es un oficio sino **una forma de vida**. Siento que pertenezco a ella, no que ella me pertenece a mí.”

Marcela Otamendi contempla cómo el agua del mar ha arañado parte de sus arrozales (a la izquierda) en el término municipal de Deltebre, en el delta del Ebro (Tarragona).

“Un kilo de **algarrobas** cuesta **lo mismo que hace 40 años**. A mi hijo le gustaría ser agricultor, pero con estos precios es **imposible.**”

Rosa Mari Esteller, agricultora de Castellón.

“Es más duro, **más sacrificado**,  
pero yo prefiero trabajar en el campo.”

A la dcha., la agricultora **María José Sorribes** planta lechugas junto a unos empleados en la finca que dirige con su marido. Dejó su trabajo en un supermercado para ponerse a explotar el campo.





“El futuro sería mejor si no hubiéramos perdido el pasado.”

Pilar Andreu en su explotación agropecuaria.



cios que hace 20 años. En Cáliz, pueblo del interior de Castellón, Rosa Mari Esteller nos recibe rodeada de la energía milenaria de majestuosos algarrobos y olivos. Ella cultiva, junto a su marido, 23 hectáreas de estos árboles. Es invierno, tiempo de recogida de la aceituna y la algarroba. «Un kilo de algarobas cuesta 0,17 céntimos, lo mismo que hace 40 años. Lo vendemos a una empresa de Reus que tiene el monopolio, extraen la garrofina, una pepita de oro que se utiliza para productos cosméticos cuyo valor económico es muy alto. Mientras, mi hijo está en el paro, le gustaría dedicarse a la agricultura, pero con estos precios es imposible.» Una indignación que comparten mujeres de todos los puntos de la geografía española, como Cristina Martínez, ganadera, presidenta de AFAMMER en Cantabria y taxista. Ya antes del invierno recogió el maíz y sembró la avena y cebada que servirán de forraje para las 115 cabezas de ganado que posee en una población del Valle de Cabuérniga. «Aquí están desapareciendo ganaderías porque los precios son una mierda. A los agricultores se nos dijo que debíamos hacer los deberes, y ahora ¿qué? La leche de Francia, que no es de tan buena calidad como la nuestra nos está invadiendo. Tenemos que luchar con información. El consumidor debe saber cuando compra leche de dónde es, y no se está haciendo.»

EL PESIMISMO, EL ABATIMIENTO, EL SENTIR QUE LOS GOBIERNOS DAN LA ESPALDA AL CAMPO no les impide, sin embargo, seguir con sus reivindicaciones. «Hemos de luchar, aunque veamos la batalla perdida, hacer cosas, manifestarnos aunque ese día tengamos que dejar de plantar coles, no nos gusta cortar la carretera, pero si tenemos que hacerlo, lo haremos. Esto es una guerra contra la incompetencia de los gobiernos», explica Montse Llosa, sindicalista de Unió de Pagesos de Cataluña. Y eso sí, con dignidad, porque Montse, al igual que tantas otras, tiene bien claro lo que quiere: «Las mujeres del campo necesitamos dignidad, no queremos subvenciones, queremos vivir de nuestros productos». Pero lo cierto es que, tal como está montado el sistema, muchos agricultores desaparecerían sin las ayudas directas. La dependencia agraria de la financiación externa es muy fuerte. Por otra parte, desde el mundo rural se critica a la PAC, porque favorece, sobre todo, a los grandes grupos empresariales. El 20% de los beneficiarios de la PAC en España concentran el 80% de las ayudas. Otra objeción que se hace a la PAC, es que promueve una agricultura intensiva, globalizada, sin identidad y que desmantela la agricultura tradicional familiar, de la que forman parte la mayoría de las mujeres agricultoras.

«Hemos ido a lo grande, a la exportación, hay que cuidar lo pequeño, el desarrollo rural, buscar alternativas de consumo, acercar el consumidor de la ciudad al agricultor a través de productos con denominación de origen», afirma Cristina López desde Murcia.

A pesar de las dificultades, desde FADEMUR, federación de asociaciones de mujeres rurales, se da un dato esperanzador. Según el último foro europeo, celebrado en Cáceres en 2010, la presencia de mujeres en las explotaciones agrarias está en

continuo aumento, aunque hay que matizar que no de forma masiva. Es el caso de María José Sorribes, de Deltebre, en el Bajo Ebro. Ella ha vuelto al campo después de trabajar en supermercados y otros servicios. Hoy es día de plantación de lechuga. Un espantapájaros vigila los cultivos en la finca arrendada de hortalizas, toda mecanizada, que lleva junto a su marido. «Es más duro, más sacrificado, pero yo prefiero trabajar en el campo.» Su amor por la tierra, en eso coinciden todas las entrevistadas. Tal vez sea, como dice la escritora y activista hindú Vandana Shiva, esa llamada sagrada y profunda que reivindica el principio femenino de conexión de la mujer con la naturaleza. Lo cierto es que las nuevas pobladoras del campo aportan una visión más creativa y generosa, ligada a actividades multifuncionales, emprendedoras y ecológicas. Esa puede ser una de las causas de su dedicación agraria. En el libro *Sol i Serena*, las autoras Rosa Binimelis, Mariona Bosch y Amaranta Guerrero plantean la posibilidad de que las mujeres puedan abanderar un cambio, en favor de una agricultura diversificada, respetuosa con los ciclos de la vida, con más independencia de los agroquímicos, no puramente como un negocio —de la forma en que ahora está planteada—, sino como un ejercicio de vida social y ambientalmente sostenible. Merçé Pascual es, en Amposta, una de las pioneras en agricultura ecológica de Cataluña. Al principio nadie creía en ella. Empezó repartiendo dos cestas ecológicas a domicilio y ahora las sirve a toda la península. Posee un invernadero de 100.000 m<sup>2</sup> y produce 50 variedades de hortalizas y verduras de temporada. Los campos de Merçé son diferentes. Entre hileras de alcachofas, las matas de rastrojos conviven armónicamente con los cultivos. «Las plagas se concentran en las malas hierbas y no se posan en mis cultivos», explica mientras enreda tomates en el invernadero. Después se detiene, se arrodilla y coge con sus manos un puñado de tierra que acaricia y deja resbalar entre sus dedos: «Mira, está limpia, nitrogenada, sin productos químicos. Para acreditar oficialmente su estado tuvimos que estar año y medio sin cultivarla ni trabajarla, ni sacar beneficio de ella, pero las letras del banco no se detuvieron.»

DEJAMOS LOS AZULES DEL MEDITERRÁNEO PARA ADENTRARNOS EN LOS OCRES DE UNA TIERRA DE SECANO. LA MATARRAÑA, Teruel, paisaje de masías, hostil para los cultivos por sus elevadas temperaturas. En el término de Peñarroya, un pueblo de 600 habitantes, dos de sus vecinas, convencidas de que el autoempleo y la diversificación son una salida, están luchando para buscar iniciativas emprendedoras que complementen la agricultura. «Las mujeres del campo sabemos hacer muchas cosas», dice una de ellas. Evelyn Celma estudió Ciencias Ambientales en Barcelona, ha restaurado una masía y ha sacado una línea de productos cosméticos realizados a base de antiguas fórmulas que ella está aplicando gracias a sus conocimientos y a los recursos naturales de la zona, como el aceite de oliva virgen de La Matarraña, o las hierbas aromáticas del lugar. Parte de su rutina diaria es re- →

Carretera entre campos de arroz del Delta del Ebro a punto de ser recolectados.



**“Ser agricultura y ser madre es lo mejor que me ha pasado en la vida. Sembrar y después ver crecer una planta es el milagro de la vida.”**

Montse Llosa, sindicalista y activista de Unió de Pagesos de Catalunya.

**“Nuestra manera de entender la vida es sostenible y armoniosa con la naturaleza y sus ciclos.”**

Evelyn Celma recoge hierbas para sus cosméticos artesanales.

coger diversas plantas del monte, que hoy, después de la lluvia, huele a romero, tomillo y rosa silvestre, una elección que realiza de forma instintiva y con suma concentración. «Es cuando más en contacto estoy con la naturaleza y le agradezco lo que me da en esos momentos.» Su proyecto complementa la economía agraria de una masía con 40 hectáreas de tierras asociadas, que son terreno de pasto para la ganadería que su marido cuida. «Este negocio empresarial forma parte de una manera de entender la vida, sostenible y armoniosa con la naturaleza y sus ciclos. Tratamos de vivir de lo que nos da la masía. En cuanto al futuro, la formación es importante en nuevas tecnologías y para la gestión de una empresa, pero hemos de buscar puestos de trabajo vinculados a nuestro entorno. Dar valor a lo que tenemos.»

Las lluvias han desbordado el cauce del río. Cruzarlo se convierte en una pequeña aventura inmersa en hermosos parajes que nos conducen a un recóndito lugar. Desde el portalón de su casa nos espera Pilar Andreu, agricultora de toda la vida. Ha restaurado una torre del siglo 17, perteneciente a sus antepasados, para destinaria al turismo rural, una opción más de apoyo a la malthrecha agricultura.

«CON LA CRISIS, EL TURISMO RURAL TAMBIÉN ESTÁ DECAYENDO. LOS GOBIERNOS SÓLO HAN PENSADO EN LAS GRANDES CIUDADES», dice. Pilar y su marido trabajan juntos unas 200 hectáreas, dedicadas a terrenos de pasto con ganadería de toros y vacas, zona de pinar, huerta, cereales, almendros, olivos de los que sacan un buen aceite y viñedos para hacer vino. Mientras trabaja, va desgranando pequeñas dosis de sabiduría: «La flor del cardo sirve para hacer cuajada, los huertos deben sembrarse durante la luna vieja», conocimientos que se pierden. «El futuro sería mejor si no hubiéramos perdido el pasado», se dice. En el camino, dos figuras menudas se confunden con el paisaje. Una pareja de octogenarios. Los padres. Casi imperceptibles. La madre suplica pasar desapercibida. Su rostro y sus manos están surcados por la inclemencia del sol, la dureza de la tierra y el silencio.

Pilar va maquillada, que no se diga que las mujeres del campo no son coquetas. Ellas son los rostros del pasado y del presente. ¿Y el futuro? Aún no tiene cara. Es incierto, pero no está perdido. Un devenir por el que luchan las féminas del campo, con voces no victimistas, sino transformadoras, que exploran nuevas direcciones. Desde Galicia con la creación de cooperativas de servicios; desde Teruel, con la plataforma Teruel digital; desde Valencia, con la creación de huertos escolares. Y desde el portal @rtemur, en toda España, para el contacto entre mujeres emprendedoras; la plataforma Salvar la tierra, para luchar contra la despoblación; Vía Campesina, que promueve la soberanía alimentaria... y muchos más proyectos.

Asociaciones del mundo rural claman por la urgente necesidad de concretar políticas de igualdad e introducir la perspectiva de género en la nueva PAC, con el fin de librar a este colectivo de la invisibilidad y de la economía informal. Dice Montse Llosa, la sindicalista: «Ser agricultora y ser madre es lo mejor que me ha pasado en la vida. Es el oficio más romántico del mundo. Sembrar y después ver crecer una planta es el milagro de la vida». Rosa Mari de Càlig explica: «Antes no valoraba mi trabajo, me sentía inferior por ser agricultora». Hoy, esta mujer es activista del mundo rural, va a reuniones y organiza cursos desde la asociación de mujeres del campo Salvia. Como dijo Vandana Shiva: «Las campesinas no son bestias de carga, sino diosas de riqueza». Desde la masía de Pilar, el sol anuncia su puesta. «Es hora de guardar las vacas», dice. Vamos pues.